

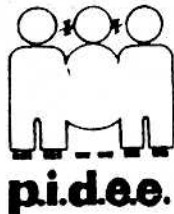
B/24/CL/m/014



Clostredo en 1988.

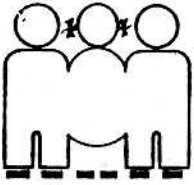
LA ASISTENCIALIDAD
COMO COMPROMISO

Juan M. Pérez Franco
Psiquiatra



Sobre el siguiente trabajo.

El siguiente artículo fue escrito en 1986 en el marco de una discusión que se desarrollaba por esos días en el equipo de Salud Mental de PIDEE. Esa discusión involucraba también, de alguna manera, al resto de los equipos y programas de la Fundación. Su estilo, un tanto coloquial, se debe a que pretendía ser un estímulo y una base para el intercambio de ideas. Por ese mismo motivo no existen referencias específicas sino generales a diversos trabajos, en especial los de Humberto Maturana y Fernando Flores. Se ha preferido mantener el estilo original del documento y sólo se han agregado algunas referencias más actuales a trabajos del autor y otros de Maturana, a quien se sigue con mayor énfasis en el aspecto teórico.



p.i.d.e.e. Antecedentes (+)

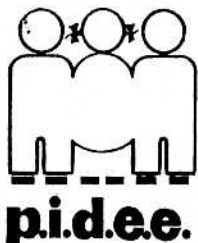
- 1

Trabajar en instituciones de Derechos Humanos, sobre todo si son de tipo asistencial, crea situaciones de alta exigencia personal para el trabajador social y de salud. Las demandas pueden parecer abrumadoras, las historias que hay que escuchar son generalmente "infernales" y se crea fácilmente la necesidad ansiosa de "hacer algo rápido", algo que abarque lo más posible, lo más rápido y en la mejor forma. La ansiedad suele traer de la mano la confusión sobre el camino a seguir y las ganas de que alguien resuelva el problema.

Ese camino con frecuencia es la derivación a Salud Mental. La situación más desesperante se crea cuando es el propio trabajador de Salud Mental el que está ansioso, confuso y con ganas de que alguien resuelva el problema. ¿A quién recurrir, entonces?

Sin embargo, esta realidad se basa en una determinada concepción del trabajo asistencial, de lo que significa atender demandas del tipo que sean. Hay principios y presupuestos que están dados y que no soñan objeto de discusión sistemática porque ni siquiera hay conciencia de que existen tales principios. Es un vivir inmersos en un automatismo en que las cosas van saliendo, no sabemos cómo, arrojados en

(+) Las ideas centrales de este artículo (comunicación, compromiso, coordinación, maniobrabilidad, etc.) han sido tomadas de los trabajos de Maturana, Varela y Flores (ver bibliografía) y, en parte, de Weakland y cols., además de la propia experiencia clínica.



una corriente que no conocemos. Son los principios con los que interpretamos la realidad los que provocan la confusión. La confusión no existe en sí : es una declaración que hacemos de falta de posibilidades. Esa declaración acarrea inmovilidad y es la base de la ansiedad.

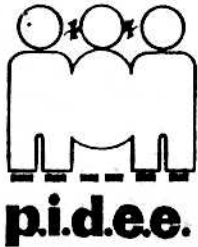
Vale la pena, entonces, revisar esos principios y proponer otros que abran nuevas posibilidades.

¿ Qué hacemos ?

¿ Qué hacemos cuando atendemos a alguien ? De todas las respuestas hay una que tiene mucho más valor porque permite mayores posibilidades. Entramos en conversaciones. Este hecho, por obvio, no lo vemos. Decimos que atendemos, recogemos datos, organizamos, hacemos interconsultas, derivamos. Todo eso son conversaciones, con otro y consigo mismo.

Conversar no es un hecho cualquiera. Conversar significa " transformarse juntos " (con-versar) . Algo que no había, aparece luego de la conversación. Un aspecto del otro se revela en la conversación. Otro aspecto se oculta. Nadie es el mismo después de conversar, aun con uno mismo.

Conversar implica un compromiso. Con cada frase hay un compromiso. En cada petición hay un compromiso, en cada promesa, en cada declaración o afirmación, hay compromisos con lo que estamos diciendo. Y con lo que no estamos diciendo.

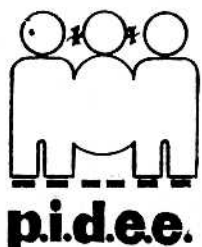


Conversar es un compromiso con el otro. Uno no le habla a las paredes. Le habla a otro ser humano que escucha, que puede ser uno mismo. Las palabras son para ser dichas y para ser escuchadas. Cada frase es una sugerencia para el otro que debe ser completada/interpretada. Cada frase dicha a otro implica una relación con él de la que uno no puede escapar. La interpretación que haga el otro completa el sentido de lo dicho y completa también la relación.

Esto es la comunicación, es decir, una conversación entre seres humanos que genera una coordinación de conductas, una mutua orientación en el devenir de cada uno. La efectividad en la comunicación puede medirse en la diferencia que hay entre " lo que escucharon ", " lo que dije " y " lo que quise decir ". Y esa diferencia depende tanto del que habla como de la interpretación del que escucha.

No es el lenguaje hablado el único elemento de la coordinación conductual. Nos coordinamos muy efectivamente con el lenguaje corporal, con los gestos, las lágrimas, las caricias, los golpes. Pero el lenguaje hablado sí es el único que tiene el poder de ocultar, el poder de descoordinar conductas y perder efectividad comunicativa. La base del sufrimiento humano puede encontrarse en ese ocultamiento en el lenguaje y la consiguiente pérdida de efectividad comunicativa, la descoordinación conductual.

¿ Cómo se llega a la descoordinación conductual ?
¿ Cómo se pierde efectividad comunicacional ? Básicamente a través del proceso de ocultamiento del lenguaje. Por ejemplo,



si le digo a alguien " ¿ podrias venir a mi casa ? ", parece que estuviera haciendo una petición. Pero no es una petición. Es simplemente una pregunta sobre la capacidad del que escucha para venir a mi casa, una pregunta en la que está oculta una petición. Las respuesta lógica es " sí, puedo ", lo que tampoco es una promesa sino que una afirmación sobre la capacidad de venir a mi casa. Como consecuencia, no debiera esperarse acciones concretas luego de este intercambio comunicacional. Para que ocurriera una acción debe haber un compromiso que sólo es posible luego de una petición (" te pido que vengas a mi casa " o " ven a mi casa ") que genere un espacio donde comprometerse (" prometo ir a tu casa " o " voy a tu casa ") o rechazar el compromiso (" prometo no ir a tu casa " o " no voy a tu casa ").

La segunda manera importante de perder efectividad comunicacional es nombrar cosas. El nombre de las cosas oculta su origen a partir de una distinción hecha por alguien en un proceso de coordinación conductual con otros. El nombre dá una apariencia de objetividad, de que las cosas "están ahí". Por ejemplo, las emociones. Nombrar la pena, rabia, miedo, alegría, sugiere que estas son cosas " objetivas " que pueden trasladarse de un ser humano a otro. Es natural afirmar " me dió rabia su actitud ", tal como " me dió un lápiz ". Nos cuesta muchísimo reconocer que las emociones surgen en nosotros mismos dada nuestra particular historia (filogénica, social y personal) y son una distinción en nuestro estado corporal que relacionamos a un hecho externo. Somos responsables de ellas en la medi

